



TEMA 4. El diablo, enemigo de la natura humana (I). Existencia y su acción ordinaria

“Los cristianos estamos en lucha con la carne, con el mundo y con el diablo” (C. Trento, Dz 1541).

La realidad del demonio está en el origen de la primera desgracia de la humanidad; él fue el tentador falaz y fatal del primer pecado, el pecado original. Desde aquella caída de Adán, el demonio adquirió un cierto dominio sobre el hombre, del que **sólo la redención de Cristo nos puede liberar**. Es el enemigo número uno, el tentador por excelencia. Sabemos así que este ser oscuro y turbador existe realmente, y que actúa todavía con traicionera astucia; es el enemigo oculto que siembra errores y desventuras en la historia humana. (Cf S. Pablo VI).

El Diablo **acosa, acusa, tienta, engaña y miente en su lucha contra el cristiano**. Trabaja a través de sus aliados, el mundo y la carne. Es decir, usa el mundo y la carne **para causar el mayor daño al pueblo de Dios**, para entorpecer el progreso de lo correcto, para acobardar a los cristianos, parar la proclamación del evangelio y debilitar la ofensiva del cristiano para favorecer el Reino de Dios.

«El que no crea en el demonio sólo tiene dos opciones. Decir que Cristo nos engañó, o que se equivocó. Si no podemos aceptar ninguna de estas dos opciones **tenemos que aceptar la existencia del demonio**, por el modo de hablar de Cristo» (Salvador Muñoz Iglesias).

Algunos dicen que la Iglesia está obsesionada con estas verdades del infierno y del demonio. Que lo que parece es que quiere meter miedo. Y no falta quien dice que el demonio es un invento de los curas para asustar al pueblo. Pero la misión de la Iglesia no es asustar, sino informar. Por eso nos avisa de que hay demonio y hay infierno, y que **son verdades reveladas por Dios**.

Es como si uno va por la carretera y encuentra un letrero que dice: “carretera cortada, puente hundido”. Lógicamente no piensa que el cartel está puesto para asustarle, sino para informarle. Si no hace caso y sigue a toda velocidad, al llegar al río se va al agua de cabeza (cf. Jorge Loring).

En relación con la verdad sobre el diablo, es preciso afirmar que “de la misma manera que no sirven las afirmaciones carentes de fundamento serio, tampoco son aceptables las negaciones gratuitas, aunque estén de moda. A propósito de tales negaciones cabría recordar la frase de Goethe: «*El vulgo no se da cuenta del diablo ni siquiera cuando éste le tiene cogido por el cuello*». Al fin y al cabo, como decía Baudelaire, «*el mayor éxito del diablo es persuadirnos de que no existe*».

Esta persuasión es lógica para quienes profesen el ateísmo. Si Dios desaparece del horizonte del pensamiento o de las aspiraciones supremas del hombre, es natural que se esfume también la idea del diablo, quien **lo único que intenta es apartarnos de Dios**” (Nicolás López M. *El diablo*).

El 11 de octubre de 2013, el papa Francisco dijo en la homilía de la misa: «Por favor, **no hagamos tratos con el demonio** y tomemos en serio los peligros que se derivan de su presencia en el mundo. La presencia del demonio está en la primera página de la Biblia y la Biblia acaba también con la presencia del demonio, con la victoria de Dios sobre él. Pero éste vuelve siempre con sus tentaciones. Nosotros no debemos ser ingenuos»

1. Datos bíblicos

La existencia del diablo es una de las verdades más repetidas en la Sagrada Escritura: se habla de él unas 80 en el A.T. y otras 50 en el N.T.

➤ En el Nuevo testamento (por centrarnos en él), se habla claramente de **su existencia**: “He visto a Satanás caer del cielo a manera del relámpago” (Lc 10, 18). “Él fue homicida desde el principio” (Jn 8, 44). “Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino (...) los precipitó al abismo donde son atormentados” (2 Pdr 2, 4). “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, destinado para el diablo y sus ángeles” (Mt 25, 41) etc.



➤ Se habla también de **la oposición entre Jesús y el diablo**: “Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo (Mt 4, 1-9; Mc 1, 12-13; Lc 4, 1-13). “Curó (Jesús) a muchas personas, afligidas de varias dolencias, y lanzó a muchos demonios, sin permitirles decir que sabían quién era” (Mc 1, 34). “Jesús amenazó al demonio y salió del muchacho, que quedó curado” (Mt 17, 14-17; Mc 9, 17-28; Lc 9, 38-44). “Los que creyeren lanzaran los demonios en mi nombre” (Mc 16, 17). “Señor, hasta los demonios mismos se sujetan a nosotros por la virtud de tu Nombre” (Lc 10, 17) etc.

➤ Y se habla también de **su actuación sobre el hombre**: “Sed sobrios y vigilantes, porque vuestro enemigo el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar” (1 Pdr 5, 8). “Quisimos pasar a visitaros (...) pero Satanás nos lo ha estropeado” (1 Tes 2, 18). “Simón, mira que Satanás quiere cribaros como al trigo. Mas yo he rogado por ti” (Lc 22, 31 -32). “Se me ha dado el estímulo de mi carne, un ángel de Satanás para que me abofetee” (2 Cor 12,7). “El mismo Satanás se transforma en ángel de luz” (2 Cor 11, 14-15). “Quien comete pecado, del diablo es; porque el diablo desde el momento de su caída continúa pecando. Por eso vino el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Jn 3, 8).

2. El Magisterio de la Iglesia

Para el Magisterio la existencia del diablo como ser personal es un **dato de fe**. Son muchos los documentos magisteriales a lo largo de la historia que manifiestan la existencia y acción del demonio como verdad revelada, de manera que el diablo «no puede ser entendido como una mera personificación mitológica del mal en el mundo, o sea, **la existencia del diablo no puede discutirse**» (K, Rahner).

Citaremos, por su claridad, el magisterio de San Pablo VI: En una catequesis dijo: «se sale del cuadro de la enseñanza bíblica y eclesiástica quien se niegue a reconocer su existencia (la del diablo); o bien quien hace de ella un principio que existe por sí y que no tiene, como cualquiera otra criatura, su origen en Dios; o bien la explica como una pseudo-realidad, una personificación conceptual y fantástica de las causas desconocidas de nuestras desgracias»!

Tales afirmaciones, tan rotundas se pueden hacer no solo por lo que él mismo pudo ver en la experiencia de la Iglesia, sino también por el aval de un amplio Magisterio anterior, basado en las fuentes de la revelación.

El mismo pontífice en su homilía del 29 de julio de 1972, pronunció la conocida frase: «A través de alguna grieta ha entrado el humo de Satanás en el templo de Dio». Y en la citada catequesis dijo también: el diablo «es el enemigo número uno, es el tentador por excelencia. Sabemos también que este ser oscuro y perturbador existe de verdad y que con alevosa astucia actúa todavía; es el enemigo

oculto que siembra errores e infortunios en la Historia Humana... Es el pérfido y astuto encantador, que sabe insinuarse en nosotros por medio de los sentidos, de la fantasía, de la concupiscencia, de la lógica utópica o de los desordenados contactos sociales en el juego de nuestro actuar, para introducir en él desviaciones, mucho más nocivas porque en apariencia son conformes a nuestras estructuras físicas O psíquicas, O a nuestras instintivas y profundas aspiraciones».

Y añadía: «Podremos suponer su acción siniestra allí donde la negación de Dios se hace radical, sutil y absurda; donde la mentira se afirma hipócrita y poderosa contra la verdad evidente, donde el amor es eliminado por un egoísmo frío y cruel; donde el nombre de Cristo es impugnado con odio consciente y rebelde...; donde el espíritu del Evangelio es mixtificado y desmentido; donde se afirma la desesperación como la última palabra».

Podemos resumimos la doctrina de la Iglesia sobre el demonio en estos 4 puntos:

1. **El diablo depende radicalmente de Dios creador:** fue creado por Dios y, por tanto, fue creado bueno. La maldad del diablo se debe a que pecó. Se apartó libremente de Dios y quedó condenado para siempre.
2. **Por permisión divina actúa con astucia,** induciendo al hombre al mal, aunque no puede anular la libertad humana. El hombre, al pecar, cae bajo su dominio maléfico.
3. **Cristo Redentor nos libera del dominio del diablo.**
4. El Magisterio de la Iglesia no se compromete con respecto a otras muchas cuestiones concretas como la naturaleza del pecado de los demonios, el número y posible jerarquización de los mismos, las formas concretas de su acción en el mundo y en relación con el hombre. Una vez que rebasamos los datos fundamentales, entramos, como diría Pablo VI, en «todo un mundo misterioso, revuelto por un drama desgraciadísimo, del que conocemos muy poco».

Por tanto, el demonio es un espíritu puro (ángel), creado bueno por Dios, pero libremente se rebeló contra Él y fue condenado. Por este acto de rebeldía contra el mismo Dios fue precipitado en los infiernos con otros muchos compañeros de su maldad, a los que llamamos demonios.

3. Qué puede hacer y qué no puede hacer (Cf Nicolás L.M.)

Ya sabemos que el diablo no es el único inductor de los males del mundo: los males físicos, mientras no se demuestre lo contrario, se deben a causas físicas intramundanas; y, en cuanto al mal moral, los catecismos clásicos mencionan, con base bíblica, tres enemigos del hombre: **el demonio, el mundo y la carne**. Es difícil saber en cada caso cuándo el demonio actúa en solitario y cuándo en colaboración con el ambiente y con nuestro desequilibrio pasional. También puede aprovecharse, directa o indirectamente, de los males físicos (catástrofes, enfermedades, accidentes, reveses de fortuna, etc.) para que, con ocasión de circunstancias adversas, el hombre experimente, por así decirlo, el vértigo del mal moral.

Por su naturaleza angélica, tienen una forma de conocimiento y una capacidad de acción muy superiores al hombre, puesto que no están condicionados, como nosotros, por el cuerpo: son puramente espirituales. Su actividad y el modo de la misma pueden ser juzgados por los efectos, por sus repercusiones en nosotros. Aun así, **los demonios no son omnipotentes y dependen de la permisión divina y Dios no les autoriza a superar las fuerzas del hombre en el plano moral** (cf. 1 Cor 10, 13).

La acción del diablo puede ser **ordinaria** o **extraordinaria** (posesión). Nos interesa detenernos en la ordinaria, que nos

afecta directamente a todos. La forma ordinaria de acosarnos es la **TENTACIÓN**. Tentar es 'someter a prueba'. El diablo nos pone a prueba para que caigamos en pecado. Es el tentador por antonomasia: tentó a Eva, a Job, a Jesús, a San Pablo y a los apóstoles todos; se nos previene contra las tentaciones del «enemigo», porque constituyen un peligro, razón por la que Jesús nos enseñó a pedir: «No nos dejes caer en la tentación, más libranos del mal» (o del Malo) (Mt 6, 13). Se nos exhorta a estar alerta y a luchar denodadamente (cf. 1 Pe 5, 8; Ef 6, 11.16).

La táctica habitual del diablo consiste en acomodarse al modo de ser y a las circunstancias de cada persona. Tiene que respetar la libertad individual y **no puede actuar directamente en el entendimiento ni en la voluntad del hombre**. No puede, por tanto, suscitar pensamientos o decisiones de la voluntad sino por vía indirecta, es decir, mediante los sentidos y la imaginación. A este nivel inferior, que es para el hombre la puerta por la que entran los datos sobre los que habrá de trabajar después el entendimiento, aprovecha el **punto flaco** de cada cual: «En aquello en lo que ve que hay deleite introduce diversas sugerencias» (S. Jerónimo).

La astucia insidiosa y la mentira, así como el hábil sentido de la gradación, son armas del tentador. Por eso la tentación procede con visos de normalidad y sería difícil asegurar cuándo y en qué medida la tentación ha sido suscitada o mantenida por este agente extrínseco a nuestra propia debilidad. Pero, insistimos, el diablo no puede tomar por nosotros las decisiones, **no puede anular nuestra responsabilidad personal**: nunca hay pecado sin consentimiento voluntario y libre.

Nadie que llegue al uso de razón se libra de tentaciones. Por eso **la vida del hombre sobre la tierra es «milicia»** (cf. Job 7,1). Muchos antiguos pensadores cristianos la describieron como una lucha permanente contra el diablo.

La resistencia a las tentaciones ha de ser activa (cf. DS 2217), aunque en algunas tentaciones, p.ej., contra la castidad, la actividad más prudente es **huir** de ellas. Ni los contemplativos más avanzados pueden dispensarse de esta lucha (cf. DS 2192). La victoria es posible con la ayuda de la gracia (cf. DS 1515), gracia que Dios da, porque no manda imposibles (cf. DS 1536).

TENTACIÓN COLECTIVA

Pero la tentación diabólica puede también revestir caracteres colectivos, que responden a la dimensión social de la persona. Sería ingenuo pensar que el diablo es ajeno a la formación de ambientes en los que el odio, la mentira y la injusticia contribuyen a contaminar más fácilmente a los miembros de la sociedad. No es descabellado pensar en tentaciones colectivas, suscitadas por Satanás en orden a invertir la escala natural y cristiana de valores, a difundir tópicos insidiosos contra la verdad, intentar la promoción de leyes directamente opuestas a la ley de Dios, esclavizar al hombre con señuelos meramente materiales, fomentar la degradación moral y la irreligiosidad, susurrar de mil modos y maneras la vieja promesa: seréis como dioses. La acción del diablo consistirá en pudrir el ambiente con criterios discordantes del Evangelio y en sacar partido de la debilidad humana, para que la sociedad se deje arrastrar por la corriente de lo fácil.

Especial gravedad reviste la tentación colectiva cuando viene provocada directamente por las «estructuras de pecado», amparadas o establecidas por formas de sociedad o por **leyes positivas que inducen a violar la Ley Natural o La Ley Divina**. Estas «estructuras de pecado» son fruto del pecado de personas concretas, muchas o pocas, que incitan o pretenden obligar a que otros pequen. Con razón pueden ser denominadas diabólicas, por la presión que ejercen sobre la persona para ponerla ante el dilema del heroísmo o la práctica del mal.